

Actualidad de la carta apostólica *Los caminos del Evangelio*

Card. Eduardo Martínez Somalo

Nos disponemos a conmemorar el quinto aniversario de la Carta Apostólica *Los caminos del Evangelio* que el Santo Padre, Juan Pablo II, dirigió a las religiosas y a los religiosos de América Latina, con motivo del V centenario de la evangelización del Nuevo Mundo.

Un recuerdo y una conmemoración que deseamos hacer con ánimo agradecido al Señor, por lo que este documento ha significado y continúa significando de «caminos de Evangelio», para la vida religiosa en general, y latinoamericana en particular. Su contenido fue un anticipo de mucho de lo que diría cuatro años más tarde el Sínodo general sobre la «Vida Consagrada y su misión en la Iglesia y en el mundo»; su actualidad se ha visto reforzada por el mismo Sínodo y por las catequesis que, desde septiembre del 94 a marzo del 95, el Santo Padre ha dedicado a glosar diversos aspectos de la vida consagrada, en las Audiencias Generales y en el rezo dominical del Angelus.

Esta actualidad de la Carta Apostólica me ha sugerido recordar aquí algunas de sus ideas más sobresalientes.

I. Toda la carta se sitúa, como bien se sabe y no podía ser de otro modo, en un contexto de evangelización; la conmemoración del V centenario de la evangelización de América fue la ocasión para que el Papa manifestase a las religiosas y a los religiosos sus sentimientos y anhelos. Sentimientos de gozo porque esta obra de evangelización ha sido en gran parte fruto del servicio misionero de la vida religiosa; sentimiento de gratitud al Señor por la labor de tantos religiosos y religiosas que han sembrado la semilla del Evangelio de Cristo en las tierras latinoamericanas.

Una mirada objetiva al pasado descubre la presencia numerosa de religiosos en la llamada «evangelización fundante» del Nuevo

Mundo; una presencia cuajada de circunstancias difíciles en las que tuvieron que inventar nuevos métodos de evangelización, proyectados hacia pueblos y gentes de culturas diversas, muy diferentes a las culturas de los mismos misioneros.

En ocasiones, inspirados por su fidelidad al Evangelio, elevaron su voz profética contra abusos de quienes buscaban sus propios intereses a costa de conculcar los derechos de los que hubieran debido respetar y amar como hermanos.

No pocos aprendieron la lengua y las costumbres de los indígenas para poder mejor predicarles a Cristo. Iniciaron así procesos valiosísimos de una evangelización inculturada. Todo esto, con la gracia de Dios, favoreció que el evangelio impregnase la fe y la vida de aquellos pueblos, produciendo genuinos valores espirituales y humanos.

Un fruto maduro de esta evangelización ha sido la santidad de muchos hijos e hijas de la Iglesia latinoamericana, no pocos de los cuales pertenecen a diversos institutos religiosos. Algunos procedentes sobre todo de España; otros, la mayoría, nativos del Nuevo Mundo, pertenecían a los más diversos estratos sociales.

El Papa concluye su mirada agradecida y emocionada a este pasado evangelizador, constatando cómo «los frutos de la primera evangelización se han ido afianzando con el correr de los siglos y son característicos del pueblo latinoamericano, que brilla también por su profundo sentido comunitario, su anhelo de justicia social, su fidelidad a la fe de la Iglesia, su profunda piedad mariana y su amor al Sucesor de San Pedro» (n. 8).

II. El Santo Padre, confortado con este pasado evangelizador de la vida consagrada, dirige a las religiosas y a los religiosos latinoamericanos una cordial invitación a emular la generosidad y la entrega de los primeros evangelizadores. Con la mirada puesta en el futuro, la Iglesia entera fija sus ojos en América Latina como el Continente de la esperanza, hace una llamada a las religiosas y a los religiosos porque de ellos depende, en gran medida, la realización de esta esperanza, y espera que sigan estando en la vanguardia misma de la predicación del Evangelio.

III. Esta nueva evangelización comporta exigencias para todo el Pueblo de Dios, y por tanto también para la vida consagrada; quisiera subrayar algunas de las que indica el Santo Padre:

a) La búsqueda de una auténtica *experiencia de Dios*, que es como un nombre nuevo de la contemplación. Ya el documento de Puebla se hacia eco de esta búsqueda señalando que «hay ciertos signos que expresan un deseo de interiorización y de profundización en la vida de la fe al comprobar que sin el contacto con el Señor, no se da una evangelización convincente y perseverante» (Puebla, 726). El evangelizar a partir de una profunda experiencia de Dios, será siempre garantía de un auténtico anuncio y testimonio de la Palabra de Vida.

b) El Papa presenta a Jesucristo, el enviado del Padre, como el ideal perenne de todos los consagrados. De su palabra se vive, en su compañía se camina, de su presencia interior se goza y de su misión salvífica se participa. Así los consejos evangélicos tienen una profunda dimensión pascual, en cuanto suponen una *identificación con Cristo*, con su muerte y resurrección, y constituyen a los religiosos en testigos de la fuerza transformadora de su Espíritu. «Los diversos carismas de la vida consagrada —dice el Papa— hacen vivo el mensaje de Jesús, presente y actual en todo tiempo y lugar, a través también de las palabras y el testimonio de los Fundadores, que han expresado, a lo largo de la historia de la Iglesia, la riqueza sublime del misterio y ministerio de Cristo» (n. 24).

c) El Santo Padre subraya la *fidelidad* a las enseñanzas del Concilio Vaticano II, precisamente «para afrontar mejor la misión apostólica en el mundo de hoy, al final del segundo milenio, en medio de las nuevas y exigentes situaciones en que vivimos» (n. 13).

d) La nueva evangelización requiere que los religiosos expresen con coherencia su *comunión* con los Pastores, como testimonio de una perfecta sintonía eclesial para edificación del Pueblo de Dios, haciendo así concreta la doctrina del Concilio que ha querido encuadrar en el misterio de la Iglesia la vocación y la misión de los institutos religiosos. El Papa pide expresamente a los Obispos y a los religiosos «que estrechen cada vez más los vínculos de comunión», «que los Obispos sepan valorar y promover el don inmenso de la vida consagrada, con toda su variedad de carismas» (n. 23), y

que las religiosas y los religiosos se esfuercen por mantener viva la comunión y colaboración con los Obispos, así como el necesario respeto de su autoridad pastoral.

e) Para anunciar a Jesucristo, para construir una nueva humanidad, el Continente latinoamericano tiene necesidad de la fidelidad dinámica de tantos religiosos y religiosas que con el espíritu de las bienaventuranzas apoyan la predicación de la palabra con la fuerza del *propio testimonio* de sus vidas.

IV. Entre los desafíos para la vida consagrada latinoamericana el Papa indica:

a) *La evangelización de la cultura*. Este gran reto exige que la Buena Nueva cale en el corazón y en las estructuras, porque debe ser evangelizado el hombre y la vida social.

Las Órdenes y las Congregaciones religiosas han sido siempre promotoras de cultura, y han intentado desde el inicio de la evangelización del Nuevo Continente, la evangelización de las culturas y la inculturación del Evangelio. El Papa confía en que con la aportación generosa de los religiosos se prosiga en este camino.

b) Destaca una vez más el justo significado de la *opción preferencial*, no exclusiva ni excluyente, en favor de los pobres; una opción particularmente connatural a quienes viven el consejo evangélico de la pobreza y están llamados a amar, acoger y servir a los pobres «con las entrañas de Jesucristo». El Santo Padre pone de manifiesto cómo esta opción preferencial por los pobres ha sido un factor muy destacado en la vida religiosa latinoamericana, siendo muchos de sus miembros los que viven esta opción con un auténtico espíritu evangélico, estando presentes en innumerables situaciones de miseria, por desgracia ya tradicionales, y también en las que se suelen llamar nuevas pobreza, que afectan sobre todo a la gente más joven.

c) No olvida el Papa que las religiosas y los religiosos son también responsables en muchas partes de la *animación de comunidades eclesiales*, de la formación religiosa y moral de laicos, especialmente de la educación cristiana de la juventud a través de la enseñanza y la catequesis. Con estos medios se esfuerzan por despertar en todos la vitalidad cristiana, el recto sentido de la justicia so-

cial, inspirada en el amor fraterno, para que cada país, en el ámbito del bien común continental, siga creciendo en paz y armonía, y alcance así un ulterior desarrollo cultural y económico asequible a todos sus habitantes.

Con esta sencilla introducción he querido poner de manifiesto la actualidad de las enseñanzas de *Los caminos del Evangelio*. Que ellas puedan seguir orientando el trabajo evangelizador de la Vida Consagrada en el Nuevo Mundo en las puertas del tercer milenio con la intercesión de Nuestra Señora de Guadalupe, «primera evangelizadora de América Latina», como la llamó el Papa.

EDUARDO CARDENAL MARTÍNEZ SOMALO

Español. Prefecto de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica.

